

Amanda Seibiel

ROSAS AL CORAZÓN



Nada es lo que parece

ROSAS AL CORAZON

Mi hermana me tenía la cabeza hecha un bombo de tanto hablar. No hacía más que quejarse del idiota de su exmarido. Yo estaba tan aburrida y tan agotada que me dejé caer en la cama del hotel como una muñeca de trapo. Acababa de aterrizar a Nueva York y solo pensaba en regresar a Valencia. Llevaba quince años yendo y viniendo a esta ciudad y cada vez me gustaba menos. Solo había sacado dos cosas en claro de todo esto: hablar un inglés perfecto y saber qué es lo que no quería en la vida: un marido.

—Patricia, ¿puedes callarte un momento? —dije—. Ya sé que James es

un capullo en toda regla, pero déjame descansar un poco. Acabo de llegar y estoy molida.

Mi hermana puso cara de ofendida y se echó a llorar. Mi cuñado se la había liado bien gorda con los niños y ese era el motivo de mi repentina presencia en Nueva York. Patricia se había casado con James quince años atrás. Se conocieron un verano en Valencia y el yanqui se trajo a mi hermana para los Estados Unidos, donde se casaron y tuvieron dos niños: James Junior y Dakota. Todo iba genial hasta que él se cansó de mi hermana y la vida juntos se hizo insoportable. James utilizaba a los niños como moneda de cambio, hasta que a ella se le inflaron los ovarios. Su

última ocurrencia fue durante las vacaciones de verano: se presentó en la casa de mi hermana diciendo que iba a pasarlas allí, que no tenía donde quedarse y que los niños debían estar en el hogar conyugal. Mi hermana me llamó histérica a España, con una voz totalmente desesperada:

—Ese cabrón quiere amargarme la existencia. Si pretende que comparta el mismo techo que él va listo. Antes me lo cargo.

—Relájate —respondí—. Lo que pretende es sacarte de tus casillas y, por lo que veo, lo está consiguiendo.

—¿Cómo voy a relajarme, Carla? No sé qué hacer. Mis niños son lo primero, pero no soporto a James. Intenta

desquiciarme. Ya me ha hecho mucho daño, tú lo sabes.

James la había engañado y luego se lo negó vilmente. Era un cabrón de mucho cuidado. Me jodía escuchar a mi hermana en ese estado y más estando sola en un país desconocido.

—No te preocupes —le dije—. Pillo el primer vuelo que salga para allí. Tú sal de la casa y reserva un hotel en la ciudad; te vienes conmigo a casa.

—Pero... ¿y los niños?

Mi hermana no parecía tan convencida como yo.

—Los niños están donde tienen que estar: con su padre. Haz la maleta y espera a que yo llegue.

—Pero...

—Patricia. No hay pero que valga.

Y colgué. Dos días después estaba ya allí, aguantando los lloros de mi hermana en la ciudad de los rascacielos.

—Carla, echo de menos a los niños. Me van a odiar por abandonarlos.

Me acerqué a ella para consolarla y le sequé las lágrimas con un pañuelo de papel. Le puse las manos en los hombros y la miré con cariño. Siempre tuve adoración por mi hermana mayor. Era tan guapa, con su pelo rubio y esos enormes ojos azules. Siempre había tenido un tipazo y llamaba la atención allá por donde iba. Ahora la miraba y veía a una mujer de 35 años, que más bien parecía que tuviera 50 de lo mal que le habían tratado los disgustos y el

cabrón de James.

—Patricia —le dije—, tus hijos te adoran, pero ahora la que necesita descansar y cuidarse un poco eres tú. Si los niños te ven en estas condiciones van a sufrir. No le des el gusto a ese mamón. Eres hermosa y puedes rehacer tu vida todavía.

—¿Estás loca? No quiero saber de hombres nunca más. Yo ya estoy hecha una mierda. Antes era como tú: delgada, guapa... Ahora ya no queda ni el reflejo de lo que era...

Mi hermana se dirigió a la única ventana de la habitación. Yo seguí sentada en la cama del hotel.

—Todavía eres hermosa. Solo necesitas salir y distraer la mente. No se

hable más —me incorporé—. Ponte guapa que nos vamos a romper Nueva York.

Mi hermana se dio la vuelta. Me miraba aterrorizada. Quizá pensase que se me había ido la pinza por completo. Empecé a rebuscar en su maleta y saqué un vestido negro drapeado con un generoso escote y la espalda al aire. Sonreí satisfecha y se lo puse encima sobre la cama.

—¿No pretenderás que me ponga eso? —dijo señalando el vestido como si tuviera la lepra.

—Lo llevabas en la maleta, así que te lo pones y te callas.

Para mí escogí un vestido de color azul clarito, que hacía juego con mis

ojos. Tenía buenas tetas y el escote pronunciado de mi vestido, al contraste con el color canela de mi piel, resaltaba el ajustadísimo y corto modelito. Me dejé suelta la melena rubia y me pinté los labios de un rojo pasión.

—Carla —dijo mi hermana, escandalizada—. ¡No puedes salir así a la calle! Pareces un putón...

—Patri, tengo 25 años y estoy soltera, ¿cómo debo vestirme? ¿Con jersey de cuello vuelto? Hermana, por favor, que ya hace muchos años que perdí la virginidad. Yo no busco marido... ni lo quiero.

Le guiñé un ojo con cara divertida. Mi hermana puso los ojos en blanco y ladeó la cabeza. Aunque pensara lo

contrario, estaba preciosa con aquel vestido negro. La maquillé un poco y rejuveneció unos cuantos años. Aún conservaba esa belleza tan dulce y sensual que yo recordaba.

Bajamos al hall del hotel y un hombre de unos cuarenta y tantos años, vestido con un traje italiano impecable, canoso y con un bigote un tanto ridículo para mi gusto, nos abordó en medio de la recepción. Se acercó a mi hermana y le besó la mano, como en las pelis antiguas. Yo no daba crédito a lo que veía. Mi hermana se quedó congelada ante el inesperado abordaje de aquel desconocido.

—Disculpe, señorita, soy el dueño del hotel y no he podido evitar fijarme

en usted cuando se ha registrado antes. Ahora, al volver a verla, mi corazón ha estallado de alegría. Tenía que presentarme. Soy Cameron Tyler.

Mi hermana estaba con la boca entreabierta y me miraba de reojo. Yo alucinaba por aquella declaración chapada a la antigua que acababa de presenciar. Lo cierto es que las dos estábamos desconcertadas.

—Es muy amable, pero no estoy interesada —le respondió con tranquilidad mi hermana.

—¿Cuánto tiempo van a estar alojadas en el hotel? —El hombre insistía y no soltaba la mano de Patricia.

—Dos días —respondí yo, divertida. Cameron infló el pecho como un

gallo de corral y se puso recto. Miró a mi hermana, que seguía alucinada, y le dijo con voz templada:

—Suficiente. Tengo cuarenta y ocho horas para conquistarla. ¿Me concede ese tiempo?

A mi hermana le entró la risa floja. La situación era un poco surrealista y el personaje tenía su tocado.

—Haga lo que quiera —contestó al final—, pero el resultado va a ser el mismo.

Cameron se frotó las manos, mostrando una amplia sonrisa. A continuación besó de nuevo la mano de mi hermana y después la mía. Tras eso, se marchó.

Cuando salíamos del hotel empecé a

reírme

—Joder, hermana; hoy estás que rompes...

—Calla. Ni un comentario.

A Patricia tardó en bajarle los colores de sus mejillas.

Me apetecía comer carne. Sabía que, a tan solo tres minutos del hotel, había un restaurante grill muy conocido que cocinaba de muerte. Fuimos dando un paseo por la calle 42 y entramos en él. Dos leones nos dieron la bienvenida entre gigantes rascacielos de cristal. Nos sentamos a cenar un par de chuletones y una botella de buen vino. A la media hora, a mi hermana se le habían pasado todos los males.

—Por nosotras —alcé la copa.

—Gracias por todo, Carla.

Ahora le brillaban los ojos a mi hermana. Se estaba emocionando.

—Disculpe —nos dijo un camarero —, han dejado esto para usted.

El chico, con esmoquin y pajarita, le dio un ramo de rosas rojas a mi hermana. Había una nota. Patricia me la leyó en voz alta:

“48 horas y serás mía. Mi corazón sigue esperándote. Cameron.”

—No puede ser... ¿Qué le has dado? —dije. Mi hermana sonreía como una quinceañera —. Un momento, ¿no me digas que te está haciendo gracia don Bigotes?

Patricia se puso roja como un

pimiento.

—No, sí, no lo sé... Hace mucho que no recibo estas atenciones por parte de nadie. Me está abrumando un poco, la verdad.

—Toc, toc —me burlé—. ¿No eras tú la que decía que no querías saber nada de hombres?

—No seas aguafiestas, Carla. Estaba caliente por lo de James. Además, ¿no es encantador...?

Ni le contesté. Pedí la cuenta y resultó que ya estaba pagado. Por lo visto, Cameron nos tenía controladas y había puesto todo su empeño en adular a mi hermana. La verdad es que el hombre se lo estaba currando y parecía conseguir sus propósitos: Patricia estaba

como en una nube con tantas atenciones, contentísima con su ramo de rosas rojas. Era tan grande que, al salir del restaurante, chocamos con una pareja que entraba a cenar. El tío, que casi se come una rosa, me contestó con muy mal talante:

—Maldito par de lesbianas. A ver si os dejáis de tantas mariconadas y miráis por dónde vais. Este traje cuesta mil dólares.

El tío se sacudía y acicalaba su estupendo traje azul marino. Era moreno de piel, con el pelo negro y corto, engominado a más no poder, y muy guapo. Si no fuera un gilipollas, hasta me habría fijado en él. Tendría unos treinta años y la mujer que colgaba de su

brazo era una morenaza que parecía sacada de una revista.

—Perdón —dijo mi hermana.

La fulminé con la mirada y la aparté de aquel moreno impresentable.

—Perdona una mierda —dije yo, enfurecida.

Cogí el ramo de rosas y se lo estampé en la cabeza a aquel imbécil. Se quedó quieto, con los brazos estirados y la boca abierta. Pude ver una ligera sonrisa en la boca de su acompañante. A mi hermana casi le dio algo, pero la cogí de la mano y la arrastré lejos del restaurante sin decir ni media

—¿Estás loca? Seguro que nos denuncia —Patricia estaba muy nerviosa y alterada.

—Gilipollas. Que me denuncie si tiene huevos. ¿Quién se ha creído el tiparraco ese para llamarnos lesbianas? Uf... Estoy calentita.

—Ya lo veo. Te has cargado mi ramo de rosas...

Patricia fingió un puchero y nos echamos a reír.

—Vámonos antes de que el tío reaccione y acabemos en chirona.

Regresamos al hotel. En recepción, Cameron esperaba con otro impresionante ramo de rosas. Mi hermana lo recibió de buen grado y aceptó la invitación de tomar una copa en privado con el conquistador propietario del hotel. Yo me retiré a mi habitación. Me disponía a entrar en el

ascensor cuando un enfurecido morenazo trajeado apareció en el hall del hotel, miró adonde yo estaba y gritó:

—¡Eh, tú!

Su voz era de todo menos amistosa. Me giré suavemente sobre mis flamantes tacones, bloqueé con la mano la puerta del ascensor y esperé a que llegase a mi lado.

—¿Vienes a por más? —le desafié.

Me miró sorprendido y su enfado aumentó ante mi descaro.

—Tú y tu amiga tendréis que pagarme la limpieza del traje —dijo, poniéndome el dedo delante de la cara—. Y dad gracias de que no os denuncie.

—Baja el dedito si no quieres que te lo meta en un sitio que no creo que te

guste. Aunque con la pinta que tienes... quizá me sorprendas.

Resopló indignado y sus ojos marrones se encendieron de rabia.

—Maldita lesbiana, si es que todas sois iguales.

—¡Maldito machista de mierda! Ojalá se te atraganten tus palabras envenenadas.

Le agarré el paquete con fuerza y le di un morreo que lo dejé sin aliento. Noté cómo se empalmaba al instante. Luego me separé y lo miré a la cara. Estaba confundido, pero podía ver el deseo en sus ojos.

—¿Qué...? —Las palabras se atragantaban en su boca seca.

—¿Qué pasa? ¿Una lesbiana te ha

puesto cachondo? Pues ahora búscate a otra que te baje el calentón, cerdo.

Di un paso atrás para desbloquear la puerta del ascensor y entré para subir a mi habitación. Allí lo dejé, caliente, rompiéndose la cabeza sobre lo que acababa de pasar. Mientras subía pensé en aquel gilipollas. La verdad era que estaba muy bueno y el besarlo no me había provocado desagrado. Tenía unos labios carnosos y muy sensuales y ese beso, que pretendía ser un escarmiento, me había sabido a gloria. La pena era que esos labios y ese cuerpo fueran unidos a una personalidad tan repelente.

Salí del ascensor y me encontré al tío apoyado en la puerta de mi habitación. Tenía la espalda contra la puerta y las

manos en los bolsillos. Silbaba algo en un tono no muy alto. La pose era erótica total, pero no menguó mi enfado al verlo allí.

—¿Qué haces? Tío, te estás equivocando del todo —dije con total indiferencia—. Da media vuelta y vete por donde has venido.

Me miró con descaro y sonrió, mostrando una dentadura blanca y perfecta.

—Estoy haciendo exactamente lo que me dijiste.

El tío no se movía de la puerta.

—Apártate —le dije muy seria.

—¿Ahora vas a enfadarte? Me has dicho que me buscara a una lesbiana que me bajara el calentón. Y resulta que la

única que conozco eres tú.

—Serás cabr...

No me dio tiempo a replicar. El tío estiró los brazos y me agarró por la cintura. No me esperaba para nada esa reacción. Me tenía sujeta con fuerza, pegando su cuerpo al mío como una lapa. Entonces, su boca atrapó la mía sin permiso, con autoridad y exigencia. Sus labios carnosos y suaves eran deliciosos y su lengua se movía con destreza e insistencia, pugnando por entrar en mi boca para encontrarse con la mía. Mis labios le dieron paso y aquel beso casi me hizo perder el sentido. El morenazo soltó un gemido y sus manos se posaron sobre mis nalgas para apretarme contra su hinchada erección. Pude notarla en mi

sexo a través del fino vestido. Me estremecí entre sus brazos, pero no iba a dejar que un gilipollas me echara un polvo, por muy bueno que estuviera. Saqué fuerzas de donde pude y, muy a mi pesar, lo separé de mí con brusquedad.

—¿Qué te has creído? Prepotente, chulo, engreído... Vete con tu morenita. A mí no me pongas un dedo encima, que no te conozco de nada ni quiero conocerte.

—Eso podemos arreglarlo ahora mismo. Yo sí quiero conocerte...

Se acercaba de nuevo, sonriendo provocativamente. No sé qué me estaba pasando con aquel gilipollas. No soportaba su forma de ser, era demasiado repelente, pero físicamente

estaba cañón y, cuando lo tenía cerca, mis sentidos me traicionaban. Pero no me la iba a jugar; no me imaginaba follando con él. Me pudo más la rabia que le tenía que el deseo, así que me dirigí a la escalera y salí zumbando hacia la recepción. Esa vez no me siguió.

Al llegar al hall pedí que avisaran a Cameron, el dueño del hotel. Y al poco rato apareció junto a mi hermana.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? — me preguntó Patricia.

Le conté que el tío del restaurante me había seguido y habíamos tenido un encontronazo. Le dije que me estaba acosando. Inmediatamente, Cameron ordenó que nos trasladaran a otra

habitación de otro piso. Además, nos alojó en habitaciones separadas, según él, para nuestra seguridad.

—Mandaré revisar las cámaras para ver quién es ese personaje y llamar a la policía —dijo Cameron en modo protector.

—No hace falta —dije—. No creo que volvamos a verle.

Mi hermana se acercó con disimulo y me dijo con voz baja al oído:

—Esta noche me voy con Cameron. Mañana nos vemos en la recepción para desayunar.

Se le escapó una risita nerviosa.

—Joder —suspiré—. No le han hecho falta ni cuatro horas... Me alegro por ti, hermana. Disfruta y vive la vida.

Yo me voy a dormir.

Al día siguiente me despertó el teléfono de la habitación. Era mi hermana, que me esperaba en recepción para desayunar. Le respondí que fuera desayunando ella y que luego nos encontraríamos en el hall, pues todavía no tenía hambre. Tras espabilarme y tomar una buena ducha, me puse una falda vaquera corta y un top blanco y bajé en busca de mi hermana. La vi sentada en uno de los sofás del hall junto a Cameron y una pareja que me daba la espalda. Cuando mi hermana me vio llegar su cara se transfiguró por completo, tornándose pálida. La miré arrugando la nariz, sin entender nada,

mientras me acercaba más.

—Carla, buenos días —me preguntó Cameron—. ¿Has descansado en tu nueva habitación?

No pude responder. Me había quedado paralizada al ver con quién estaban sentados. La mala leche empezó a extenderse por todo mi cuerpo, hirviendo mi sangre. De manera inconsciente, apreté los puños tanto que las uñas se clavaban en mis palmas.

—Carla, tranquila... —dijo mi hermana, que se había puesto de pie y me acariciaba el brazo—. Ahora te lo explicamos todo.

Los que estaban allí sentados eran el morenazo y su acompañante de la noche anterior. Él me miraba con descaro,

sonriendo provocativamente.

—Carla —habló Cameron—, estos son Gilvan Dasilva y su hermana Lelly. Trabajan en el consulado de Brasil que está aquí al lado y son buenos amigos míos. Gilvan me ha contado el pequeño malentendido que tuvisteis ayer. Le ha pedido disculpas a tu hermana y quiere hacerlo también contigo.

—No es necesario —dije tajantemente.

Cameron puso cara de sorpresa, incómodo por mi reacción. Mi hermana Patricia parecía avergonzada. Por su parte, Gilvan sonreía divertido. Le ponía esa situación y se lo estaba pasando en grande.

—Carla, bonito nombre. Siéntate y

acompañanos, por favor —me sugirió Gilvan.

—No quiero ser maleducada, pero afortunadamente, hoy es mi último día aquí, así que voy a subir a cambiarme y me voy al spa. Con vuestro permiso...

—¡Carla! —gritó Patricia.

—¿Sí, hermana? —respondí entre dientes.

—No me hagas esto... —me regañó al oído—. Te estás portando como una chiquilla con una pataleta.

—No, soy como soy. No voy a bailarle el agua al petardo ese. Tú haz lo que quieras, pero deja que yo también vaya a mi bola.

Le di un beso en la mejilla y me fui, dejándolos a todos plantados. Subí de

nuevo a la habitación y me puse un bikini, una camisola y las chanclas. Me recogí el pelo en un moño y bajé al spa del hotel. Echaba de menos las playas de Valencia y mi mar Mediterráneo. Tenía unas ganas locas de volver y retomar mis vacaciones en España. En un primer momento había pensado hacer un viaje por Grecia, pero ese pequeño inconveniente de mi hermana había echado por tierra mis planes.

Bajé al spa y vi que apenas había un par de parejas. Tampoco era gran cosa: una piscina pequeña con un pequeño *jacuzzi*, una sauna diminuta y otra cabina con una especie de baño turco. Me metí en el agua a nadar un rato y me relajé de inmediato. Las parejas que rondaban por

allí desaparecieron minutos después, dejando el pequeño spa a mi entera disposición. Entonces sí empecé a sentirme cómoda, como una auténtica privilegiada, aunque esa sensación se quebró en el instante en que irrumpió Gilvan en la piscina.

Me froté los ojos para verlo mejor. Parecía una aparición del mismísimo Cristiano Ronaldo en bañador. Tenía un cuerpo perfecto, moreno, y todos los músculos marcados. El bañador negro con ribetes blancos, le ceñía un abultado paquete. Joder, me quedé sin respiración al verlo. Era impresionantemente perfecto, el jodido.

De repente, el agua de la piscina se me hizo puro caldo. Mi cuerpo ardía al

ver al perfecto Gilvan, que venía con esa blanca sonrisa hacia mí. Se lanzó de cabeza al agua y le perdí por un momento. Giré sobre mí misma, dando vueltas para ver por dónde emergería. Vi su silueta bajo el agua. Gilvan iba directo hacia mí. Quise escapar, pero entonces salió de debajo del agua como el mismísimo Poseidón y me agarró por la espalda. El contacto con su cuerpo desnudo me provocó un escalofrío y un sinfín de sensaciones contradictorias. Gilvan deslizó una mano desde mi cintura hacia mi parte delantera y me agarró un pecho.

—Me encantan las tetas que tienes — me susurró al oído—. Son perfectas.

Le di un codazo en las costillas y me

libré de él.

—Capullo, te dije que no me tocaras —respondí, enfurecida.

—Maldita seas —se quejó él, tocándose el costado —. ¿Qué te pasa conmigo?

—¿Que qué me pasa contigo? ¿Es que te crees que tienes algún derecho sobre mí?

—Te recuerdo que tú me besaste primero. No enciendas un fuego que luego no puedas apagar.

—Perdona, pero eso no fue un beso. Era un castigo por llamarme lesbiana, pedazo machista. ¿Qué tienes tú en contra de las lesbianas?

Gilvan apretó los dientes y su mirada se volvió dura y triste a la vez.

—Déjalo, no lo entenderías... Eres una cabezona y una prepotente —me espetó.

Sus palabras me sentaron como una patada en el culo. ¿Cómo se atrevía él a hablar de prepotencia? Me acerqué hasta Gilvan y le di un manotazo en el hombro.

—Tú sí que eres un prepotente —dije—. ¿Por qué no voy a entenderlo? Explícamelo y luego te diré si mi cerebro procesa tan importante información

Lo dije con el mayor grado de sarcasmo de la que era capaz. Gilvan me asió por las muñecas y tiró de mí hasta poner mi cara frente a la suya. Me miraba fijamente y sentí que me

temblaba todo.

—Estuve casado —dijo— y muy enamorado de mi mujer hasta que la encontré en la cama con otra tía.

—¿Cómo que con otra tía?

Lo cierto era que no me lo esperaba.

—Sí, lo que te estás imaginando. Mi mujer estaba abierta de piernas en el sofá de casa y la vecina le comía el coño con tantas ganas que ni se percataron de mi presencia. Me quedé allí de pie, mirando, mientras mi mujer se deshacía en gemidos y la vecina le pasaba la lengua por todo el coño sin descanso.

Al recordar la escena, Gilvan hizo una mueca de dolor

—Lo siento, no tenía ni idea.

—¿Entiendes mi rechazo hacia las lesbianas? —dijo—. Me casé con una y no lo sabía. Hasta que me tropecé contigo no me había vuelto a poner cachondo una mujer. Pero tú, tan hermosa, con tu pelo rubio, tus ojos azules, tu hermoso cuerpo... —A medida que hablaba, acariciaba mi cuerpo y hacía que me derritiera bajo sus manos—. ¿Entiendes ahora mi frustración al pensar que eras lesbiana?

Me dejó en el limbo de las emociones. El hombre que creía déspota y prepotente resultaba ser una persona dolida y sensible. Cualquier esquema previo se había quebrado. Y eso hizo que mi deseo se disparase. Posé mis labios sobre los suyos cálidamente. Esta

vez fui yo la que, con ansia, abrí la boca para introducir mi lengua dentro de su boca. Gilvan devoraba mis labios y con su lengua penetraba mi boca con fervor. Nuestros gemidos palpitaban en el interior de nuestros cuerpos.

Gilvan metió una pierna a través de las mías para separarlas y meterse entre ellas. Su excitación era más que evidente aun estando debajo del agua. Su sexo hacía presión contra el mío y yo me sentía desfallecer. El calor se extendía por todos los poros de mi piel. Su boca no me daba tregua y sus restregones me estaban poniendo muy cachonda.

—Clara —dijo el brasileño—, si no te hago el amor me va a explotar la

polla. Te deseo más que a nada.

Yo estaba igual de excitada y me moría también por hacerlo. Hacía más de un año desde la última vez que había estado con alguien. Aunque no era una remilgada, sí procuraba ser exigente con la persona con la que estaba. Yo no quería complicaciones, al día siguiente me iría, así que Gilvan era un buen candidato.

—Aquí no, pueden vernos —dije jadeando.

Gilvan formó una sonrisa maliciosa y me susurró:

—Está todo controlado. He reservado el spa durante dos horas para nosotros solos.

—Serás capu...

Un gemido ahogado de placer cortó mis palabras. Gilvan había introducido un dedo dentro de mi vagina y me cortó la respiración. Estaba húmeda y caliente y el movimiento de su dedo entrando y saliendo de mi interior me provocaba un placer doloroso.

—Oh, Gilvan... —susurraba entre gemidos.

—¿Tomas anticonceptivos? —me preguntó con dificultad.

Asentí con la cabeza, ya que apenas podía hablar. Gilvan se quitó el bañador y tiró del lazo de mi bikini. Me alzó y puso mis piernas alrededor de su cintura. Apartó mi sujetador y se lanzó a por un pezón. Cerró los ojos mientras se deleitaba chupándolo y tirando

suavemente de él. Yo me iba hacia atrás del enorme placer que me proporcionaba. Era inexplicable. Gilvan cogió con una mano su polla para guiarla hasta la entrada de mi vagina. Se quedó sin aliento cuando nuestros sexos se acoplaron. Di un pequeño respingo, pero él no se movió. Por un momento, permanecimos abrazados. Solo se escuchaba el murmullo del agua.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí —contesté—. Es que la tienes muy grande y hace tiempo que no lo hago.

—Avísame si te hago daño. Iré con cuidado.

Fue solo un segundo, porque mi cuerpo, mi sexo y toda yo, estalló en un

volcán de lujuria. Mis caderas cobraron vida propia y empezaron a moverse encima de Gilvan. Tenía los pezones de punta y no era precisamente por el agua. El brasileño me penetraba y su boca iba de los pezones a mis labios y de ahí de vuelta a mis pezones. Sus manos apretaban mis nalgas mientras su miembro erecto rozaba las paredes de mi vagina, estremeciéndose entre mis piernas. El perfecto pecho de Gilvan aplastaba mis pechos y sus manos agarraban con más fuerza mi trasero. Yo subía y bajaba mis caderas, rozando el clítoris contra su pubis, sintiendo esa enorme polla dentro de mi vagina que parecía querer entrar entera en mi interior.

—Eres un sueño, Carla —me susurraba entre jadeos.

Gilvan salió del agua sin salir de mi cuerpo. Me tumbó con delicadeza sobre una de las hamacas que había dejado preparada con una toalla. Volví a admirar ese magnífico cuerpo y vi por primera vez lo bien dotado que estaba. Allí de pie, delante de mí todo duro, era una imagen digna de un calendario erótico. Me puse de rodillas y agarré esa perfecta polla. Gilvan se estremeció y yo empecé a masturbarle. Me quedé fascinada de lo realmente grande que era entre mis diminutas manos.

—No tienes que hacerlo —dijo entre gemidos.

—Quiero hacerlo...

Agarré el precioso y duro trasero de Gilvan y lo acerqué más. Me metí suavemente su polla en la boca. Casi se le doblan las rodillas. Mis labios empezaron a besar la punta de su capullo. Después, con la lengua, jugaba arriba y abajo y luego lo succionaba. Gilvan intentaba apartarse, pero yo lo sujetaba por el trasero e impedía que se moviera. Lo escuchaba gruñir y maldecir en portugués. Notaba cómo el flujo de su sangre corría a toda velocidad por sus venas hinchadas y excitadas. No podía meterla toda en la boca, era demasiado grande, pero Gilvan estaba disfrutando de todas formas. Mi lengua seguía proporcionándole un placer delicioso y

él se convulsionaba con violencia. Yo me excitaba al verlo tan caliente; lo tenía al límite.

—Maldita seas, Carla. Ahora te vas a enterar —se echó hacia atrás bruscamente y casi caí de morros, pero él me cogió a tiempo.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta? —pregunté desconcertada

—Me tienes cachondo perdido. Casi me corro en tu boca. Ahora veras...

Me dio la vuelta y me dejó boca abajo en la hamaca. Pasó su brazo por debajo de mi vientre y me levantó. Me quedé de rodillas y luego... Dios mío, luego la locura. Su cabeza se metió entre mis nalgas y hundió su lengua en mi vagina. Solté un grito de placer que

retumbó en todo el spa.

—¿Te gusta? —me preguntó sensualmente.

—Joder, sí. Sigue —le dije, caliente como una gata en celo.

Gilvan volvió al ataque y siguió follándome con su lengua. Me acariciaba con ella, me penetraba, tiraba de mi clítoris y me succionaba. Sentí que moría de placer a cada movimiento que ejercía dentro de mi cuerpo. Su cara golpeaba contra mis nalgas y notaba cómo su aliento me quemaba la entrepierna. Estaba muy empapada y Gilvan se iba ahogar con mis fluidos vaginales. No podía aguantar más esa tortura.

—Gilvan, para... Quiero correrme en

tu polla —le dije con la voz entrecortada.

Él se apartó y me giró.

—Tus deseos son órdenes. Lo haremos los dos, me tienes a punto.

Gilvan me abrió las piernas y, con cuidado, guió su hinchada erección de nuevo hacia mi vagina. Entró con facilidad y los dos nos estremecimos. De nuevo, nuestros gemidos inundaron las paredes del spa. Yo le suplicaba que no parase, que me la metiese hasta el fondo. Me revolvía el pelo rubio con las dos manos desesperada y Gilvan me cogió por las caderas para penetrarme mejor. No me hacía daño. Podía soportar aquella enorme polla y, además, me estaba dando un placer

increíble, inimaginable. Yo movía las caderas impacientemente en busca de mi orgasmo. Gilvan sudaba y empezó a acelerar el ritmo. Le costaba respirar y salía y entraba de dentro de mí con violencia. Nuestra atracción sexual era más que evidente y la lujuria en el ambiente también.

Gilvan empezó a embestirme con más fuerza. Me estaba penetrando con tanto deseo que parecía que sus testículos querían entrar dentro de mí. Meneaba las caderas con fuerza y yo estaba hecha un charco. Hizo un movimiento circular con la pelvis y los ojos se me pusieron en blanco. Mi orgasmo llegó de manera inminente.

Me incorporé agarrándome a su

cuello. Mi vagina se contraía con espasmos de placer que apretaban la polla de Gilvan. Esa presión le provocó el orgasmo que tanto esperaba. Un escalofrío le recorrió todo el cuerpo y Gilvan se estremeció entre mis piernas.

Nos quedamos abrazados durante un rato, besándonos apasionadamente. Fue un momento muy íntimo. No me podía creer lo que había ocurrido con aquel brasileño impertinente. La verdad era que nunca se podía decir de esta agua no beberé, porque luego una iba y se lo follaba.

—¿En serio te vas mañana? —me acariciaba la mejilla con su mano.

—Sí. Regreso a España, por fin — dije con alegría.

Gilvan bajó la mirada y me fijé lo exageradamente guapo que era en realidad. El corazón me dio un vuelco.

—¿Hay alguna posibilidad de que te quedes? —me preguntó tímidamente.

—¿Hablas en serio?

—Totalmente.

Fijó su mirada en la mía y se me heló la sangre.

—Gilvan, esto ha estado bien, pero yo no creo en el amor a primera vista. Ha sido algo bonito y ya está.

Empezaba a ponerme nerviosa, así que me vestí con rapidez para salir de allí.

—No te vayas... Quédate conmigo un poco más...

—No es buena idea —respondí—.

No quiero hacerte daño, pero creo que es mejor que me vaya. Créeme, es mejor así.

Salí de allí apresuradamente y dejé a Gilvan en el spa. Me fui hecha polvo, porque, aunque no quisiera reconocerlo, el gilipollas me había calado hondo, y no precisamente porque tuviera un rabo enorme, sino porque hacía mucho tiempo que nadie me hacía sentir lo que él.

Me encerré en la habitación, tocada y de mal humor. No conseguía quitarme a Gilvan de la cabeza. Minutos después llamaron a la puerta y mi corazón pegó un salto. Fui a abrir la puerta y me encontré frente a frente con mi hermana. Sentí una profunda decepción, pues, en el fondo, deseaba que fuera Gilvan.

—Mierda —maldije en voz baja.

—Menudo recibimiento. ¿Qué te ocurre?.

—Nada.

—Vengo a decirte que no me voy a España.

—¿Cómo? —grité.

—No te enfades. Carla, sé que todo ha ido muy rápido, pero me he enamorado de Cameron. He pasado la noche con él y me vuelvo a sentir una mujer. Ya no sabía lo que era eso. Vuelvo a tener ilusión, me adora y yo...

Dejé de escucharla. Me senté en la cama y noté cómo mi cabeza iba a toda velocidad. Mi mente estaba con Gilvan.

—Carla, ¿me estás escuchando?

—Lo siento hermana, tengo que salir.

Me alegro por ti.

Salí disparada y bajé al spa, pero el brasileño ya no estaba allí. Volví al ascensor y fui a recepción. Me encontré a Cameron y le pregunté si lo habían visto. Negó con la cabeza. El corazón se me aceleró. Ya no sabía adónde ir. Recordé que trabajaba en el consulado de Brasil, así que estaba a punto de salir hacia allí cuando oí a mis espaldas:

—¡Eh, tú!

Me giré y allí estaba, junto a la recepción. Corrí hacia él y me enganché a su cuello. Le besé delante de todo el mundo y él me abrazó con la misma pasión y devoción.

—Me lo he pensado mejor —le dije, acariciándole la cara.

—¿Has pensado en quedarte?

Le sonreí y volví a besarle. Sus labios eran sabrosos y cálidos. Podría pasarme horas besando aquella boca.

—No, eso todavía no lo he decidido, pero sí he cambiado de opinión en lo del amor a primera vista. No sé si es amor, pero no me apetece dejarte. Mi mente solo tiene espacio para ti.

Gilvan sonrió ampliamente y me apretó entre sus brazos.

—Te voy a hacer el amor durante tres días seguidos. Así que olvídate de coger mañana ese avión.

—¿A qué estás esperando...? —respondí.

FIN